

La región ártica: presencia histórica y problemas socioeconómicos y culturales actuales¹

Carlos JuNquERA RuBIO

Etnólogo. universidad Complutense de Madrid
junrub@telefonica.net

Recibido: 1 de Abril de 2011

Enviado a evaluar: 4 de Abril de 2011

Aceptado: 5 de Octubre de 2011

RESUMEN

La región ártica y los pueblos indígenas del Norte han tenido una muy especial fascinación para las sociedades de zonas templadas. Las sociedades del lejano norte de Thule sedujeron a los estudiosos de Grecia y Roma. Los términos con los que se describe la región ártica son frío, inhóspito, hostil, remoto, inaccesible, etcétera. Numerosas minorías étnicas asentadas a lo largo de los márgenes circumpolares son un ejemplo excelente de grupos humanos cuya cultura material y espiritual ha sido forzada a adecuarse a la mayoría cultural del Sur. Inicié el estudio de este fenómeno en 1976 en cuatro pequeñas comunidades de cazadores y pescadores asentadas en la cuenca del río Mackenzie en los Territorios del Noroeste (Canadá) y, con interrupciones, se ha continuado hasta el presente, usando el método de la observación participante. El objetivo de mi investigación era observar el proceso de cambio en los asentamientos de Norman Wells, Fort Norman, Fort Good Hope y otras comunidades más pequeñas, con población Inuit, indios Dènè y Métis (mestizos)²

Palabras clave: Impacto, historia, economía, sociedad, región Circumpolar, Europa meridional

Arctic Region: historical presence and current socioeconomic and cultural problems

ABSTRACT

The Circumpolar region and indigenous peoples of the North have held a very special fascination for peoples in the temperate zones. The far northern peoples of Thule fascinated the scholars of Greece and Rome.

¹ Este ensayo ha sido leído previamente por Eduard Grigorovich Aleksandrenkov, del Instituto de Etnología y Antropología de la Academia Rusa de Ciencia, en Moscú. Le agradezco las precisiones y la posibilidad de conocer de cerca publicaciones de autores rusos que han venido bien para este ensayo.

² Este ensayo sigue la línea de otros anteriores realizados bajo el patrocinio del Ministerio de Asuntos Exteriores de Canadá que financió el proyecto Culture and Social Change among Dènè, Inuit and Métis of Northwest Territories (Canadá). Expediente N° D-515-I-1999.

The terms which describe the Circumpolar region such as cold, inhospitable, hostile, remote, inaccessible, etcetera. The numerous ethnic minorities living along the Circumpolar margins and they are an excellent example of humans groups whose material and spiritual culture has been forced to give way to the southern majority culture. In 1976, I began a study in four small communities of hunters and fishermen on the Mackenzie River on the NWT (Canada). This investigation was supported by the Federal Government of Canada (Foreign Office, Project N° D-515-I-1999). The technique I used was that of participant observation. The subject of my research was the processes of change in the settlement of Norman Wells, Fort Norman and Fort Good Hope and others small communities with Inuit, Dènè Indians and Métis population.

Keywords: Impact, history, economy, society, Circumpolar region, South Europe

Région Arctique: présence historique et problèmes socio-économiques et culturels actuels

RÉSUMÉ

La région Circumpolar et les peuples indigènes qui habitent parmi le Nord ont eu une trop fascination pour les sociétés méridionales. Les sociétés du Nord lointain, ceux qui tout le monde connaît comme de Thule fascinent aux étudiants de Grèce et Rome. Les mots pour décrire la région Circumpolar sont froid, inhospitalité, hostile, lointain, inaccessible, etcetera. Plusieurs minorités ethniques, vivant à long des bornes circumpolaires, sont un exemple merveilleux des groupes humains dont leurs cultures matérielles et spirituelles ont été forcés à vivre comme la majorité de les sociétés du Sud. En 1976, j'ai commencé l'étude dans quatre petites communautés dans les Territoires du Nord-Ouest (Canada). Cette longue investigation a été payé pour le Gouvernement Fédéral du Canada (Ministère des Affaires Étrangères, Projet N° D-515-I-1999). J'ai employé la méthode de l'observation participante. Le motif de ma recherche fut remarquer le change social et culturel des établissements de Norman Wells, Fort Norman et Fort Good Hope, et des autres communautés plus petites avec des Inuit, Dènè indiens et Métis.

Mots clé: impact, histoire, économie, société, Circumpolar région, Sud Europe.

1. INTRODUCCIÓN

Las regiones desconocidas del norte de Eurasia y las sociedades que residían en ellas generaron una gran fascinación en las culturas meridionales asentadas en las orillas del mar Báltico y al sur del mismo, y hasta el Mediterráneo. Ciertos fenómenos y hechos contribuyeron a crear imágenes impactantes en los residentes meridionales. En los territorios septentrionales eran aspectos normales el frío, los largos meses con muchas horas de oscuridad y el misticismo atribuido a los chamanes hiperbóreos, como se denominaba en la antigüedad a los esquimales, primero, e Inuit después y actualmente.

La costumbre que tenían estas colectividades de cubrir sus cuerpos con las pieles de los animales cazados supuso, de alguna manera, que los griegos primero y los romanos después los consideraran poco menos que salvajes, e incluso así se les

siguió considerando por las culturas europeas mucho más tardías. Siempre que han surgido invenciones históricas ficticias de retratos inexistentes, la imaginación de quienes han generado esas falsedades suelen apoyarse *científicamente* en datos y noticias que han ido circulando de aquí para allá previamente y, evidentemente, los relatos van engrosando a la vez verdades y mentiras hasta que se pueden poner las cosas en su sitio.

Curiosamente, da la casualidad que posteriormente, es decir, después de que han pasado muchos años, e incluso centurias, las reseñas más reales proceden precisamente de aquellas previas, las mismas que habiendo surgido de forma errónea comienzan a cambiar hacia la realidad histórica, porque ahora y en la nueva reflexión surgen como consecuencia del intercambio económico en sus múltiples facetas y del comercio. Esta particularidad hace referencia a los motivos económicos de quienes aspiran a lucrarse. Así es como hay que entender el primer documento que certifica la existencia de los lapones de la región circumpolar o ártica de las actuales Noruega, Suecia y Finlandia, que hoy se conocen como Sami y al que haremos referencia más adelante.

Este dato procede precisamente de los informes elaborados para comunicar a los poderosos del momento (Grecia y Roma) las posibilidades económicas que ofrecían entonces los recursos de los pueblos conocidos con el genérico de *hiperbóreos*, y las ganancias y lucros que podrían extraerse de su medio ambiente, especialmente de los rebaños de renos. Las imágenes gestadas estaban encaminadas a conocer las posibilidades comerciales, antes que a las sociedades que las podían ofrecer, incluso de forma potencial, aunque también real.

Este ensayo es el primero que deseo ofrecer sobre la región del Ártico y en él voy a reflexionar sobre una serie de impactos que se generaron en las sociedades meridionales de Europa; en otro posterior reflexionaré sobre los que actualmente generan los descendientes sureños sobre esa área denominada durante tiempo Casquete Polar, porque con posterioridad a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial (1945) han aflorado diversas impresiones negativas, inexistentes antes de esa fecha, y que son: inclusión de extensas áreas de tierra anexionadas a las naciones involucradas en la región septentrional, urbanismo donde nunca lo hubo, vehículos de motor para sustituir a los trineos tradicionales, comunicaciones telefónicas, cadenas de televisión, turismo, apertura de rutas terrestres, construcción de muchos aeropuertos, incremento de extraños, administración pública externa, minería, derrame de combustibles, industrias, cuarteles militares y defensas, rutas aéreas y marítimas, etcétera. Los impactos que todo esto genera (medioambientales, culturales, económicos, etcétera), sobre una región y unos habitantes que vivían en armonía y equilibrio con la naturaleza, son dramáticos y, probablemente, irreversibles, destruyéndose así un espacio cuasi natural y unos modos de vida tradicionales y que pervivían desde la antigüedad.

2. EL ÁRTICO VISTO POR GRIEGOS Y ROMANOS

Con referencias escritas, se sabe que un geógrafo griego de nombre Piteas de Marsella (s. IV a C.) navegó por la actual costa del Atlántico norte y fue, mientras que no tengamos testimonios que muestren otra cosa, quien primero relató la exis-

tencia de los grupos humanos asentados en aquellos lugares septentrionales (Casson 1991). Este heleno describió lo que desde entonces se conoce como *Sol de Medianoche, la capa de hielo permanente sobre los suelos y los primeros esquiadores* diciendo que las personas que estaban allí asentadas eran capaces de mantenerse sobre la nieve apoyando sus pies en dos maderas que movían atrás y adelante. También narró hechos atribuidos a los germanos y muy posiblemente fue quien primero anotó la existencia de lo que más tarde se conocerían como tribus fénicas (Munch 1927); y entra dentro de lo posible que notificara ya la existencia de Thule, que ha merecido mucha atención por parte de los estudiosos y entre los que cito a Jean Malaurie (1981).

Puede ser que su viaje estuviera motivado por las minas de estaño (de las tierras del Atlántico, como Galicia o Gran Bretaña) cuya explotación iniciaron los fenicios y continuaron sus parientes cartagineses, porque en el tiempo en que Piteas inicia su periplo desde Marsella, se supone que en torno al año 325 a. C., su rivalidad en el Mediterráneo llevaba tiempo vigente. uno de los problemas era cruzar el estrecho de Gibraltar, para adentrarse en el Atlántico, porque los de Cartago tenían una escuadra permanente para impedirlo, y el motivo era el metal citado que llegaba por tierra a Cádiz y Tartesios. Por esta razón, hay dos versiones para explicar el tránsito de Piteas. La primera sería aprovechar el enfrentamiento que tenían en aquellos momentos los púnicos con los sicilianos, lo que les obligaría a dejar el Estrecho temporalmente sin barcos de guerra y la segunda es que aprovechó la noche para pasar.

Siendo marsellés de nacimiento y residencia, aunque foceo³ de nación, parece probable, por la situación de este puerto mediterráneo, que llegaran noticias que avalaban la posibilidad de llegar al Atlántico burlando la vigilancia, que tal vez fuera escasa en aquellos momentos. La verdad no vamos a saberla nunca, o muy difícilmente. Incluso, una vez que se conocieron sus éxitos, se rechazaron por inciertos, y además esa impugnación procedía del historiador Polibio, cuya autoridad y fama nadie discutía en la Grecia de su tiempo. Estrabón se unió a las críticas contra Piteas por razones similares. Estos datos pueden verse en Serena Blanchetti (2005: 255-269), Gómez Espelosin (2000, 2006: 59-75) y Roseman (1994).

El conocimiento geográfico era muy impreciso, es más, lo siguió siendo en siglos posteriores. El archiconocido mapa de Hecateo de Mileto da cuenta de cómo estaba la cartografía griega unos 500 años a. C., y que no creo merezca la pena hacer ningún comentario, salvo aquel que nos orienta a la irrealidad, razón por la que fábulas y leyendas ocuparon durante mucho tiempo un entorno social falso. No obstante, muchos siglos más tarde, la geografía era la que era y tampoco ofrecía la claridad que tenemos en la actualidad y no haré referencia a ningún mapa en concreto.

Entra dentro de lo posible que los contornos de las costas atlánticas, desde el estrecho de Gibraltar hacia el norte procedan de Piteas, y así se admite a pesar de las

³ Marsella era colonia de Focea, que estaba en Asia Menor y hoy en Turquía con el nombre de Foça. No olvidemos que Grecia se unifica con Alejandro Magno

críticas históricas. Lo que interesa resaltar de su crónica, desaparecida en el incendio de la biblioteca de Alejandría y rehecha imperfectamente apoyándose en varias fuentes posteriores, que tuvieron sus criterios por ciertos, es que estaba orientada a la posible colonización futura. Este detalle no afectaba sólo a los foceos, sino a todas las ciudades-estado griegas (Larsen 1968). Igualmente, sus críticos helenos y las noticias que aportaron sobre el acontecimiento, han servido para rehacer en buena medida los aportes de Piteas.

u no de los motivos que tenían los griegos para establecer una colonia en un sitio concreto era saber en qué estado de civilización se encontraban las sociedades de aquellos territorios que se deseaban incorporar a la cultura griega. Esto se ve perfectamente en las noticias que proporciona Herodoto sobre los escitas. Sus escritos, sobre los pueblos asentados en las cercanías del mar Negro son descriptivos, y de acuerdo al concepto de refinamiento griego las costumbres apuntadas son salvajes y bárbaras, motivos más que suficientes para que los helenos enviasen al *oikostés* con el fuego sagrado e iniciaran una nueva colonia (Herodoto 1878; Palerm 1982: 27-31).

Los romanos también se interesaron por las regiones septentrionales. Sabemos que Tácito (55 a 120 d. C.) estuvo fascinado por las costumbres de las *comunidades hiperbóreas*, y anotó noticias que luego se han considerado como mitológicas; asimismo, describió a personas vestidas con pieles y a las mujeres participando en la caza. Los datos de este autor deben verse en su obra *Germania*, que redactó con el título de *De origine et situ Germanorum*. Hay muchas ediciones y sigo la conocida como de don Baltasar Álamos Barrientos, editada en Madrid, en la Imprenta Real, en 1794, del que un ejemplar está depositado en la Biblioteca Histórica de la universidad Complutense de Madrid, que la ha digitalizado.

Tácito, describiendo sus costumbres, dice lo siguiente: “escogen las fieras, y las pieles que les quitan adornan con manchas que les hacen, y con otras de monstruos marinos que engendra el Océano más septentrional y el mar que no conocemos” (XVII). Este mar desconocido no puede ser el Báltico, porque por él se hicieron incursiones por parte de hijos naturales de Augusto, conocidas como de Tiberio y Druso, que recibieron órdenes de su padre, incluso para actividades militares, pero los romanos no llegaron al septentrión, y menos a controlarlo, y los contactos nortños podemos situarlos con los Suyones, que serían los ancestros de los suecos actuales (Tácito XLIV).

Para asombro de propios y extraños, la cartografía romana avanzó poco, tal vez porque con la que habían heredado de los griegos tenían suficiente, y poseía un carácter enteramente práctico (militar o comercial), como es posible apreciar en los diversos *Itinerarios* (especialmente el de Antonino, s. III d. C.) o en la *Tabla de Peutinger* (copias de un mapa de itinerarios del siglo IV d. C). Es más, si no avanzaron hacia el norte se debió en buena parte a que cruzaban el Danubio solamente cuando notaban movimientos que podían resultar peligrosos a corto plazo y si podían los cortaban de raíz, aunque no siempre podían llegar a tiempo (Heather 2006: 116-122),

3. EL CONOCIMIENTO DE LA REGIÓN ÁRTICA EN LA EDAD MEDIA

La documentación medieval escrita, escasa por otra parte, comienza a conocerse en los tiempos de Alfredo el Grande, quien se proclamó rey de Inglaterra en el siglo IX. En su época, Ottar, un granjero noruego, navegó desde las costas meridionales de la actual Noruega y llegó hasta el Ártico. Este personaje, o sabía escribir o tenía a un escribano a su servicio que le hacía el trabajo de letrado. Según Jan Dhondt, basándose en la crónica publicada en Londres por H. Sweet en 1883, su viaje quedó plasmado en varios relatos escritos como si fueran diarios, y en los que describía el norte noruego, e indicaba ya entonces que sus propiedades particulares limitaban con los territorios ocupados por lapones, con los que mantenía un amplio comercio y a los que cobraba tributos. Estos documentos los remitió al rey inglés (Sweet 1883: 17-21).

Los estudiosos de Ottar se preguntan ¿por qué hizo esta donación de sus escritos con los datos del Norte? Las respuestas indican que pudo hacerlo para que el monarca sajón enviase misioneros hacia la parte septentrional de Europa, cosa posible, ya que en muchos documentos de la época se reconoce a Alfredo como a un santo, o bien para incrementar el negocio entre él y los británicos. Personalmente me quedo con la segunda opinión.

Ottar no era precisamente pobre, si lo que apunta Dhondt es cierto, pues tenía “una granja con veinte vacas, veinte ovejas y veinte cerdos. También tenía algo de tierra de labranza, que trabajaba él mismo con ayuda del arado y de caballos. Pero el patrimonio de Ottar lo constituían, sobre todo, grandes rebaños de renos (seiscientos renos). Participaba también en la caza de la ballena [...], imponía tributos a los lapones en forma de edredones, ballenas, así como pieles de ballena y foca. De tiempo en tiempo cargaba todas estas mercancías en un barco y las transportaba hacia Kaupang (sur de Noruega), Hedeby (Haithabu) e Inglaterra” (Dhondt 1981: 152-153).

Las notificaciones de Ottar incluyen aspectos geográficos, descripciones sobre las pieles de reno y como se despellejaba a los animales para lograrlas, y algo parecido indicaba de cómo se capturaban las nutrias y cómo se obtenía su piel. Narró leyendas, que algunos entendieron como hechos históricos ciertos, sobre los atributos mágico-religiosos concretos que poseían los lapones. Ahora bien, poco o mucho, estas poblaciones eran conocidas por los británicos ya desde el siglo III d. C. por lo menos, ya que las consideradas incursiones vikingas, que se hicieron famosas a finales de la Edad Media, comenzaron a ser reseñadas cuando las legiones romanas estaban ocupando aún las Islas Británicas (Graham-Campbell 1994).

Indudablemente, tuvieron que existir otros muchos, antes y después de Piteas y Tácito, e incluso del tardío Ottar, ya citado, en el siglo IX y ya bien avanzada esta centuria. Lamentablemente no hay documentación escrita que pueda testificar esto; es más, entra dentro de lo posible que navegantes y aventureros encontraran la muerte en las empresas emprendidas y cuyas existencias desaparecen dentro del *misterio de la noche de los tiempos*. Ottar fue el primero, o eso es lo que se le atribuye, en navegar por las costas noruegas, superar el cabo Norte, girar hacia el este y alcanzar el mar Blanco y llegar a la península de Kola. Esto ocurría en el año 870 d. C., por

lo tanto en el siglo IX, y como está indicado, en la época del reinado de Alfredo el Grande de Inglaterra. que se sepa, sus relatos no incluyeron mapas.

No obstante, se admite desde hace tiempo que hubo un progreso notable en lo que podemos considerar como aportes cartográficos, tanto para atribuirlos de forma general como particular. Este cambio se inició en el siglo XII, en opinión de Haskins (1933), y el mundo del Mediterráneo, especialmente los Estados de la Iglesia y las Repúblicas surgidas en la península italiana, volvió a reconsiderar posturas que habían quedado en el olvido desde que aparecieron los pueblos germánicos que lograron al fin acabar con el Imperio Romano en el siglo V d. C.

En los años que van del 476 al 1453, Bizancio ostentó la herencia de Roma y era además la potencia militar, económica y religiosa del llamado Próximo Oriente. Mientras, en los territorios ocupados por los pueblos germánicos, habían aparecido reinos que, de una u otra forma, eran ya cristianos, y especialmente desde el día de Navidad del año 800 en que con la coronación de Carlomagno aparece lo que será en adelante el Sacro Romano Imperio. Este hecho va a permitir que numerosos misioneros comiencen a mirar hacia el septentrión, que estaba sumido aún en la idolatría. Constantinopla había iniciado esa tarea mucho antes, y eso favoreció el disponer de una cartografía notable que, en buena parte, cayó en manos de las repúblicas italianas, especialmente en las dedicadas al comercio marítimo (Génova, Venecia, Pisa, Amalfi), interesadas en apuntalar sus posiciones (Ehrenberg 2006).

El septentrión europeo volvió a ser considerado desde el sur a partir de los tiempos de Alfredo el Grande. Había interés por conocer bien las costas y situar las islas con la mayor precisión posible. Esta tradición, como ya se ha dicho, fue iniciada por Hecateo de Mileto y estuvo medio olvidada hasta que se volvió a activar (Harley y Woodward 1987) por razones comerciales y religiosas. El intercambio de productos, la compra y venta de los mismos y lograr riqueza con esas actividades ha movido siempre a las sociedades y a sus individuos a moverse hacia lo conocido y lo desconocido. Es bien sabido que los mercaderes de las repúblicas italianas fueron gestores de muchas acciones, incluso en el Atlántico norte, y acudían por mar por ser más seguro el abastecimiento y el cobro (Douglas 1953: 812-816).

Bizancio había iniciado y consolidado sus relaciones con el mundo eslavo, al que cristianizó con sus misioneros; es más, dos de ellos (Cirilo y Metodio) fueron, además de evangelizadores, los introductores de la lengua griega, y la misma se mantiene hoy vigente en los países del este de Europa con los denominados *caracteres cirílicos*, hasta el punto de que la cultura rusa hunde sus raíces en la bizantina, porque mediante diferentes alianzas se llegó al “año 988” en el que “Vladimiro fue bautizado con el nombre de su padrino imperial, Basilio. A partir de entonces se introdujo el cristianismo como religión oficial” (Maier 1979: 165).

El mundo septentrional de Europa seguía interesando a los meridionales. Y a decir verdad, los predicadores ortodoxos y católicos, a medida que avanzaban hacia el norte, favorecían a corto plazo iniciar intercambios comerciales. De suyo las religiones faci-

litan con sus normas más el comercio entre sus creyentes⁴ y obstaculizándolo con los contrarios y los idólatras. Y ¿qué planteó todo esto?, pues una cosa bien sencilla: “si los cruzados son los grandes perdedores de la expansión cristiana en el siglo XII, los grandes ganadores son en definitiva los comerciantes que se aventuran cada vez en mayor número y cada vez más lejos de sus bases occidentales” (Goff 1979: 135).

Hubo una época medieval en la que los meridionales no desearon ascender hacia el norte, porque de allí procedían los vikingos, que con sus incursiones llegaron incluso al Mediterráneo. Esta imagen frenó a los sureños aunque no totalmente, pues los contactos siguieron aunque más limitados. Algo de lo que no debe dudarse es que los parámetros por los que se mueven los más diferentes contactos entre culturas y economías es que están señalados por el etnocentrismo; es más, hay quien afirma que este es “el estado natural de la humanidad” (Lewis 1976: 13). A su vez, éste opina que los “otros” son siempre inferiores y que hay que civilizarlos; o lo que es lo mismo, hay que introducirlos en la forma de vivir de quien se etiqueta como más civilizado (Krotz 2002).

4. EL SEPTENTRIÓN EN LA EDAD MODERNA

El peligro vikingo pasó, el Báltico se impuso económicamente al Mediterráneo, pero por un tiempo limitado, porque en el sur de la Europa moderna se habían consolidado dos Estados (Portugal y Castilla), como las grandes potencias de finales de la Edad Media y principios de la siguiente. Entramos así en la Época de los Descubrimientos Geográficos y de la aparición de nuevas culturas americanas, africanas y asiáticas, su impacto, su nueva fascinación, las preguntas de por qué estaban sobre la faz de la tierra, si eran humanos o no, etcétera. De todos estos detalles da buena cuenta Krotz (2002).

El septentrión desconocido aportó narraciones y fantasías, y entre ellas destacan algunas que incluso eran reales y cumplían con lo que hoy entendemos con el calificativo de instituciones económicas, como son: Skrithifinoi y Pirkkalaiset. No obstante, en un primer momento, se percibieron más como mitos que como realidades. En una obra colectiva, coordinada por J. A. Mangan (1996), aparecen dos ensayos que aportan datos sobre el significado del vocablo Skrithifinoi, uno debido al sueco Suerker Sörlin, titulado *Nature, Skiing and Swedish Nationalism* (páginas 147-163)

⁴ Esto no siempre ocurre así. En la denominada Ruta de la Seda, el comercio de la misma pasaba por territorios de varias religiones y la usaron primero los misioneros budistas y siglos más tarde los católicos y ortodoxos. Este producto es conocido en Europa desde los tiempos del rey Mitridates II, año 110 a. C. cuando recibió a una delegación del emperador chino Wu Di (Eliseeff 1998: 1-2). El Corán prohíbe a sus seguidores vender tierras privativas o públicas a quienes no profesan el Islam, salvo que las mismas sean improductivas. Precisamente, éste es uno de los detalles que favorecieron el enfrentamiento entre judíos y palestinos en la región de Galilea, porque los primeros emigrantes israelitas compraron eriales y pantanos a los musulmanes, y cuando los pusieron en explotación agraria los antiguos dueños reclamaron la propiedad, pero ya era tarde. Este choque sigue vigente lamentablemente.

y en él apunta que las representaciones se iniciaron con Procopio de Cesarea, en el siglo VI, y que su relato no difiere de los que posteriormente ofrecen otras fuentes como las del Diácono Pablo, hacia el año 780 d. C., las de Adamus Bremensis, en el siglo XI, y la Gramática Sajona, del siglo XIII (Sörlin 1996: 147).

Como dato anecdótico, sabemos que Procopio de Cesarea fue un historiador bizantino del siglo VI y en la época de Justiniano. Se sabe que en el año 527 se convirtió en consejero legal, *asesor*, de Belisario, uno de los militares bizantinos más brillantes. Como escritor, redactó una historia oficial y otra secreta, que se descubrió siglos más tarde en la Biblioteca Vaticana y que se editó por primera vez en el año 1623. u na edición actual de este libro se ha realizado en el año 2000 por la editorial Gredos de Madrid, con traducción del griego al castellano debida a Juan Signes Codoñer. En ella arremete contra el emperador Justiniano, y muy especialmente contra su mujer Teodora, sin dejar ausentes de crítica a Belisario y su esposa Antonina (2000).

El otro aporte de ese mismo libro se debe a dos autores: John D. Windhausen e Irina V. Tsyapkina y lleva por título *National Identity and the Emergence of the Sports in Late Imperial Russia* (páginas 164-182). Curiosamente, para los propósitos de este ensayo, estos tres estudiosos no resuelven mucho, salvo que esa institución milenaria ha servido para gestar, aunque sea de lejos, identidades que están hoy vivitas y coleando. Las primeras menciones que emplean el vocablo *Skrithifinoi* son para referirse con él a los Lapones, más conocidos hoy como Sami, pero no para indicar a ninguna de sus instituciones económicas o culturales.

Los tres aportes citados se refieren a las posibles conexiones históricas y sociales que apoyan la creación de las nacionalidades nórdicas, desde la práctica de ciertos deportes, o a cómo desde el poder se favorecieron las mismas emergencias, y entonces conviene políticamente que se conecten con la más antigua presencia. Por esta razón viene muy bien que ya Piteas reseñase el traslado de personas sobre la nieve con el empleo de unos esquís.

Pero ¿qué significa esta actividad desde los criterios internos de los lapones?, pues ni más ni menos que una posibilidad de contar con recursos económicos, potenciales primero y reales después, para la subsistencia cotidiana. Lo que hoy se entiende como un deporte nada tiene que ver con las normas que posibilitaron su nacimiento y cuyo motivo fue disponer de carne de reno, antes de que este animal fuera domesticado, o por lo menos controlado de alguna manera por la inteligencia humana.

La segunda institución citada (Pirkkalaiset) es también de matiz económico, ya que hace referencia a cómo se fue organizando el comercio de pieles y carne en el norte de Noruega, Suecia y Finlandia, y que más tarde se fue extendiendo a tierras siberianas, y por lo tanto rusas. Este vocablo, en el decir de Tegengren (1952), y siguiendo a quien lo cita, Inger Storli (1996: 87), modificó su significado original, que debió ser, según él, un simple intercambio de cueros, y llegó a indicar, cuando fue reseñado por extraños, tanto el impuesto individual como el colectivo que debían cotizar como tributo aquellas personas que “cazaban y pescaban en la cima del mundo” (Tegengren 1952: 1). En este mismo sentido se han manifestado varios estudiosos posteriores, como muestran Inger Storli (1996: 81-115) e Inga Maria Mulk (1996: 47-80).

La época moderna aportó numerosas noticias del norte de Europa y también de lo que hoy considerados como Atlántico occidental. La cartografía de aquellos momentos, aunque imprecisa, iba tomando cuerpo en lo que consideramos como Mapamundi. El mapa realizado por Abraham Ortelius, cartógrafo holandés al servicio de Felipe II, basado en los conocimientos que en 1579 tenían los portugueses y los castellanos, muestra la región del Ártico de forma muy imprecisa y por encima del actual Canadá, Países Escandinavos y Siberia deja un paso, porque después del viaje de circunnavegación de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano (1519-1522), se creía en la existencia de ese paso hacia el Pacífico Norte, y esa creencia duró hasta tiempos recientes, como mostraré con el viaje del capitán inglés Parry, realizado en 1823.

Ya he apuntado que durante la Edad Media se hicieron famosas las expediciones y exploraciones de los vikingos, deseosos también de hacerse con el control de los recursos económicos de las áreas árticas; es más, agrandaron bastante las rutas marítimas conocidas hasta entonces, porque a ellos se les atribuye que fueron los primeros que llegaron a tierras americanas, a la región que ellos designaron como Vinland, incluso se les concede que navegaron por la costa canadiense y norteamericana del Atlántico hasta la altura de la actual Nueva York, aunque en esto hay más conjeturas que realidades mientras no tengamos una prueba que lo demuestre. De suyo, hace poco tiempo se ha podido demostrar que un mapa elaborado en torno a 1923, y que se supuso del siglo XV, se refería a esta zona, y con él se pretendía demostrar que los vikingos habían llegado a América antes que Colón. Analistas británicos han puesto de manifiesto que no fue más que una falsificación bien hecha, pero incapaz de resistir los análisis a que fue sometida (www.isidore-of-seville.com/vinland).

De lo que no se puede dudar es que fueron los primeros en llegar al Nuevo Mundo (L'Anse aux Meadows, en la actual Terranova), aunque no pensaran en nada y para nada que habían descubierto el inmenso continente que es América. Habría que esperar aún, pero está claro que en torno al año 1.000 d. C. el universo americano acaba de ser iniciado para las futuras exploraciones que ejecutarían los europeos, y que entra dentro de lo posible que los esquimales o Inuit entraran en contacto con vikingos, e incluso es posible que estos llegaran a establecer lazos con las tribus indias de la costa nororiental de América. Los detalles de esos tiempos están oscuros aún.

Entre tres y cuatro centurias más tarde, otras nacionalidades europeas de aquellas épocas estaban también cercanas a las costas de Terranova. Portugueses, españoles (gallegos, cántabros y vascos principalmente), como indica René Bélanger (1980), bretones, escoceses y otros estaban pescando en los bancos de bacalao y contaban con puntos de apoyo en la citada Terranova y en la península del Labrador, pero a ninguno de ellos se le ocurrió pensar que estaban ya en América, esa gloria quedaba reservada a otras personalidades posteriores.

Lo que está claro es que, a partir de la llegada de gentes procedentes de Noruega, Suecia y Dinamarca, podemos decir que el Ártico y Subártico americanos quedaron abiertos a una cercana colonización europea, aunque fueran las potencias del momento las que entraron en liza, tanto por la parte del Atlántico como del Pacífico.

Se iniciaba así un nuevo horizonte geográfico y humano, donde los recursos económicos seguían siendo el móvil a tener en cuenta.

Las sociedades asentadas en zonas meridionales y pendientes del Norte no fueron europeas únicamente. La historiografía china notifica que antes del siglo XIII, sociedades procedentes del sur habían acudido hacia la parte septentrional de Siberia. A partir de aquí, los chinos y otros procedentes de la actual Asia Central, se movieron hacia sitios con recursos, y con certeza que establecieron contactos culturales y comerciales con los Tunguses, posiblemente desde el siglo I d. C. Y de lo que no se puede dudar es que entre los siglos V y X d. C, el área del lago Baikal ofrece, y así se reseña, imágenes similares a las descritas por Tácito: manadas de renos, uso del caballo para el transporte y para cazar, empleo de esquís, etcétera (Laufer 1917).

La documentación árabe, más tardía, pues nos sitúa en los siglos XI y XII, plasma la riqueza de pieles de Siberia y reseña los centros de intercambio comerciales de las mismas, que llegaban a Europa gracias al abastecimiento de los chinos, que aguantó hasta que los rusos se hicieron con el control de las rutas en Asia Central, desplazando a otros abastecedores e intermediarios, entre los que se encontraban chinos y musulmanes. Marco Polo, y otros viajeros europeos, no fueron más que agentes comerciales de aquellos productos que tenían gran importancia, especialmente los que afloraban en los puertos del Mediterráneo, desde los que se abastecía al resto de Europa. Estos y otros muchos datos pueden verse en Donner (1933: 67-125).

una buena parte de Eurasia, especialmente la situada al Este, fue vista con buenos ojos por los rusos para emprender en ella una colonización intensiva y ésta comenzó en los tiempos del zar Iván IV el Terrible, por lo tanto a mediados del siglo XVI, y así es como la familia de los Stroganoffs o Stroganovs iniciaron sus actividades en Siberia, y controlaron durante mucho tiempo todas las acciones económicas (Donner 1933). Los cosacos tuvieron su importancia en esta expansión colonial y fueron ellos los que decidieron dónde se establecían las primeras ciudades rusas en los nuevos territorios incorporados, con sus correspondientes influencias y como adelantados de la citada familia. El mismo estudioso había manifestado unos años antes muchos aspectos de esta expansión rusa de Asia Central, que cogió de sorpresa a todos aquellos que estaban catalogados como “enemigos potenciales” por ser comerciantes de pieles (Donner 1926: 116-148).

Por otra parte, el gran desarrollo de la cartografía en Flandes y Países Bajos (Amberes, Amsterdam, etcétera) durante la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII, con figuras como Mercator, Ortelio y la familia Blaeu, se complementa con expediciones de exploración –que abrieron el paso a las relaciones comerciales– por latitudes extremas de ambos hemisferios. El poderío naviero y mercantil de Holanda (Provincias unidas) les llevó hasta el extremo sur de Australia (Abel Tasmán, en 1642 llegó hasta la isla que hoy lleva su nombre) y también hacia el Ártico, para conseguir pieles, colmillos de morsa y narval, etcétera.

Hacia el año 1700, la penetración hacia el Este era ya una realidad que no se podía ignorar. Esta presencia de emigrantes, comerciantes y militares favoreció que surgieran conflictos entre Rusia y China, y las dos naciones no tuvieron más remedio que

sentarse a negociar y llegaron al acuerdo de que el río Amur fuera la frontera natural (Donner 1933). Los rusos siguieron avanzando y pasaron el Estrecho de Bering (que lleva el nombre de Vitus Bering, explorador danés al servicio del Zar, que en 1728 atravesó el estrecho que lleva su nombre, penetrando en el Ártico) y se hicieron con Alaska, nombre que procede de un comerciante llamado Duzenin Alaskan, quien hacia 1746 había logrado desplazar en el comercio peletero a los núcleos del Lago Baikal por los de la costa norpacífica americana y moviendo un negocio de unos 750.000 dólares (Bandi 1967: 73). En 1748 el ruso Semión Dezhniov llegó al extremo oriental de Asia, mientras otros exploradores, como Yakov Permyakov (1712) o Dmitry Laptev (1739-42) recorrían la costa rusa del Ártico.

Lo que conocemos hoy como el Subártico y Ártico canadienses, no entraron en la órbita de influencia europea hasta finales del siglo XVII, e incluso la mayor parte del actual Canadá no fue descubierto hasta la mitad del siglo XIX. Es verdad que algunos franceses habían iniciado sus incursiones hacia el noroeste de los actuales Estados Unidos para cazar y lograr pieles, para luego comercializarlas en Europa, y que dos de estos comerciantes, al ser castigados por las autoridades francesas, por exceder las cantidades autorizadas, fueron los causantes de que llegaran los británicos bajo la bandera de la Hudson Bay Company, que en poco tiempo logró absorber a las otras compañías presentes en el área y hacerse con el control comercial, lo que le dió un poderío económico impensado poco antes. Estos datos ya están reseñados con minuciosidad en estudios previos (Junquera Rubio y Valladares Fernández 2001: 223-260; 2004: 115-136), por lo que no creo procedente repetirlos.

Teniendo en cuenta el desarrollo histórico y social del Norte canadiense, lo que parece claro es que los modos de vida de los aborígenes asentados en sus regiones boreales impactaron poco en los europeos que iban llegando, aunque el cine de Hollywood indique otra cosa. El hecho de que la población indígena fuera escasa, y aún lo sigue siendo, fue motivo para que los colonos europeos plantearan su presencia no como intrusos, sino como gentes dedicadas a conseguir pieles para después comercializarlas. Los fuertes y fortines del lejano Norte no fueron un atractivo para desear asentarse permanentemente, como ocurrió en regiones de más al Sur. Interesaban los recursos del paisaje, pero no aún los del subsuelo, del que poco se sabía en el siglo XIX.

A esto hay que añadir que las distancias eran más que considerables y los transportes pésimos, porque se carecía de buenos caminos hasta llegar a los puertos de la costa en los que embarcar el cargamento, de pieles principalmente. El clima inhóspito, desde la perspectiva de los hombres procedentes del Sur, el permafrost y otros rasgos cercanos a estas posibilidades negativas, gestaron una imagen inapetente, y esto favoreció que la explotación de los recursos no se iniciara de forma intensiva hasta bien adentrado el siglo XX, y la mayor parte como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, como fueron el petróleo, uranio, oro, diamantes, etcétera, cuyas reservas son más que notables y que desplazaron a las pieles, la carne y el pescado en el mercado nacional e internacional. La parte septentrional de Canadá ofrecía una colonización escasa, si la comparamos con las plantaciones algodoneras, los grandes espacios destinados al cereal, al tabaco, etcétera, del sur. Se puede decir que esta gran

región geográfica sólo conoció algunas injerencias colonizadoras por la franja oriental y la occidental, próximas a la costa, pero poco más.

Podemos asegurar, sin equivocarnos mucho, que la imagen que ofrecían los autóctonos canadienses en 1840, a lo largo y ancho del río Mackenzie, que estaban asentados en las cercanías de los lagos, grandes o pequeños, que se encuentran diseminados por el territorio, era muy similar a la de 1940. Y estos datos se pueden extrapolar a las áreas que se han conocido hasta hace pocos años como Territorios del Noroeste, de los que se ha segregado en gran parte Nunavut (en 1999).

La economía de subsistencia, basada principalmente en la caza y la pesca, y menos en la recolección, pues el medio ofrece poco, unido a una especie de endogamia presente en todos los grupos nativos, permitieron tener pocos contactos con los negociantes y mercaderes, incluso con los empresarios peleteros y los funcionarios gubernamentales. Los desplazamientos en trineo en la época de invierno y a pie en el verano, no permitían desplazamientos largos, por lo que puede decirse que estos giraban en torno a rutas tradicionales y con campamentos semiestacionales, en los que se pernoctaba, y desde los que se ejercían las actividades cinegéticas citadas.

En el Norte canadiense los cambios ocurridos entre 1940 y 1960 fueron muy significativos, como ya hemos puesto de manifiesto (Junquera Rubio y Valladares Fernández 2001: 223-260; 2004: 115-136). Estas modificaciones se van evaluando y no cabe duda que las pequeñas interferencias en la vida de esta región que pudieron llegar con gentes occidentales durante casi 200 años, influyeron poco si se compara este impacto con el que ocurrió en sólo tres décadas del siglo XX: 1940-1970, tanto desde dentro como de fuera (Junquera Rubio 1992: 35-38).

5. EL ESTUDIO DE LAS ZONAS SEPTENTRIONALES

Los académicos y científicos han difundido y exaltado la exploración de territorios desconocidos para las gentes meridionales. El impacto de la penetración de los europeos en las regiones del Ártico y del Subártico ha sido considerable en momentos en los que las sociedades mediterráneas y occidentales solicitaban productos que, real o potencialmente, se entendía que estaban ocultos en las partes septentrionales de Europa, primero, y de otras áreas similares, después.

Desde el punto de vista de los estudios sólidos y comprobados debemos admitir, hasta que no aparezcan otros, que hay dos aportes notables: el de Olav Magno, titulado *Historia de gentibus septentrionalibus*, editado en Roma en 1555, y *Lapponia*, debido a Johannes Schefferus, publicado en Francfort im Main en 1673. Ambas divulgaciones representan el inicio de una larga serie de estudios ejecutados por quienes se sienten atraídos científicamente por el Norte, desde una amplia gama de disciplinas y variables. El segundo libro citado es un manual que describió la geografía y la sociedad Lapona o Sami de la actual Suecia septentrional. El primero, digitalizado por la universidad española de Sevilla, es el publicado en Amberes en 1562, y esta copia conoció la luz siete años después de la que había aparecido en Roma en 1555, mientras que el segundo texto citado lo ha sido por la universidad noruega de Tromsø, sobre la versión inglesa de Oxford aparecida en 1674.

Estas dos obras pasan por ser estudios serios, que sirvieron de base para iniciar aportes posteriores de geografía, etnología, antropología, medioambiente marino y terrestre, qué riquezas ofrecían, qué fauna era dañina y cual benéfica, cómo eran las gentes circumpolares o hiperbóreas, que afinidades culturales podían rastrearse, etcétera. En 1866, Adolph Bastian escribió y publicó sobre el denominado casquete polar, tanto el considerado asiático como del americano, y apareció con un título original *Die asiatisch-amerikanische Polargegend* (Bastian 1866) y pocos años después Friedrich Ratzel incluyó en su *Volkerkunde* un amplio capítulo sobre la geografía de las regiones hiperbóreas, con dimensiones deterministas, que incluyen aspectos ecológicos y etnográficos de todas las regiones norteñas, tanto de Eurasia como de América, y cuyo título era *Die hyperboreischen Länder* (Ratzel 1888).

Las publicaciones sobre las regiones circumpolares se ampliaron considerablemente a principios del siglo XX, coincidiendo varios estudios hasta en el título, y demasiado en su contenido, disimulado en el subtítulo. El primero se debe a Riedel, *Die Polarvölke, eine durch naturbedingte Züge charakterisierte Völkergruppe*. (Riedel 1902) y el segundo escrito por Byhan (1909) con titulación similar *Die Polarvölker*. En 1907, el sueco Nordenskjöld publicó *Polarvärlden* y en 1925 Mecking sacó a luz su *Polarländer*. Las dos obras finales fueron publicadas en lengua inglesa por la American Geographical Society en 1928.

Israel Ruong, un profesor de lengua lapona en la universidad sueca de uppsala, planteó varias cuestiones filológicas, sociales y culturales en un trabajo titulado *Arktiska Folk*, aparecido en 1959. Monografías más recientes a nivel individual o colectivo son *Circumpolar Peoples*, debido a Nelson H. H. Graburn's y B. Stephen Strong's (1973); una compilación de ensayos con el título *Circumpolar Problems*, editado por G. Berg (1973) y de poco después es *The Arctic Circle*, editado por William C. Wonders (1976). Y con posterioridad, los estudiosos canadienses han copado la mayoría de las publicaciones sobre las regiones circumpolares, destacando, a mi entender, John G. McConnell, en los aspectos geográficos (McConnell 1980), e igualmente Don Gill (1980).

En lo etnográfico abundan incluso los aportes históricos que arrancaron con Bastian en la época moderna y que se han seguido por otros, entre los que destaca desde muchos puntos de vista Birket-Smith (1929, 1983). Y más cerca de nuestros días aparecen equipos de estudiosos como el formado por Bjerregaard y Kue Young (1999), el dirigido por Ludger Müller-Wille, con una larga tradición y aportes (1980), y los de éste y Giesecking (2008). En las afinidades culturales entre la costa siberiana y Alaska tenemos un estudio muy interesante debido a Ackerman (1998: 247-262).

En lo filológico hay que reconocer grandes ausencias o lagunas bibliográficas. No obstante, hay que admitir que ha habido un gran avance en pocos años. Para la lengua inuit tenemos a Kalma (1979), Lowe (1981), Alia (1994) y la UNESCO patrocinó un macroestudio lingüístico de todo el Ártico, dirigido por Dirmid Collis (1990). Lo que se puede decir hoy es que estas lenguas se encuentran casi todas en peligro de extinción y la razón es que la demografía de las minorías se reduce cada vez más.

En lo que afecta a la fauna ártica destacan por su cantidad estudios sobre el oso polar (Larsen 1985: 320-326; Stirling y Derocher 1993: 240-245; Wiig, Derocher y Belikov 1999), e igualmente sobre la relación entre el reno americano (caribú), el euroasiático y los lobos (James y Stuart-Smith 2000), la foca (Frost, Lowry, Pendleton y Nute 2004), la adaptación del zorro al Ártico (Prestrud 1991) y un largo etcétera.

6. LA NUEVA VISIÓN ECONÓMICA DE LAS REGIONES ÁRTICAS

Fue William C. Wonders, quien primero anotó que el desarrollo económico del Ártico tardó en aparecer debido a que el clima no invitaba a iniciar ningún tipo de actividad, y porque además era una inmensa región prácticamente desconocida. Añadió a renglón seguido “que la Segunda Guerra Mundial y la apertura de aeropuertos para aterrizaje de aviones” fueron los dos motivos por los que el Ártico comenzó a ser colonizado y a pensar en la extracción de riquezas de su subsuelo. Las perspectivas económicas de las áreas circumpolares iniciaron así un nuevo capítulo (Wonders 1976: 1).

En el progreso del interés por el Norte tuvo que ver, y mucho, la nueva situación militar y el equilibrio de fuerzas que surgió, entre las diferentes potencias, con inmediata posterioridad a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. Los intereses militares primaron sobre otros, fueran de la índole que fueran y, en consecuencia con la nueva toma de decisiones, en muchas áreas de América y de Eurasia afloraron cuarteles e instalaciones novedosas para almacenar armamento. Canadá, estrenando independencia, motivó que se creara el Ejército Boreal, y los demás no se quedaron atrás; es decir, Estados Unidos, Rusia, y en menor medida Gran Bretaña, Noruega, Suecia y Finlandia, apoyaron descaradamente lo que suele conocerse como gastos militares.

Surgieron igualmente intereses por la minería y por cuantas riquezas hubiera en los diferentes subsuelos. Estas nuevas situaciones tuvieron su impacto en las sociedades aborígenes que, aunque conocidas por lo menos de nombre, eran frágiles e inferiores frente a las avalanchas humanas y productos manufacturados que llegaron en tiempo record al desconocido Norte, que dejó de serlo en poco tiempo. Metales como el hierro y el uranio, combustibles como el gas y el petróleo, e industrias pesqueras y madereras, camparon por todas partes.

Estos hechos señalaron el comienzo de una nueva era para aquellos que siglos antes habían sido bautizados como hiperbóreos. Los cazadores tradicionales abandonaron sus actividades para convertirse en peones y algunos comenzaron a estudiar para poderse convertir en técnicos electrónicos; otros se convirtieron en guías para facilitar el conocimiento de la taiga y la tundra, indicando aquellos ecosistemas que buscaban los foráneos para asentar sus reales en los que extraer los productos que les interesaban. En muy poco tiempo se dio al traste con costumbres que llevaban siglos sobre la faz de las regiones circumpolares.

Lo que ocurría en Canadá, por ejemplo, no era muy distinto a lo que se vivía en Siberia. Carbón, metales, madera y cuanto se entendía que era un recurso a explotar y a comercializar, se explotaba en cualquiera de las áreas. Es verdad que las minas de carbón eran conocidas ya en el siglo XVII, como las renombradas de Spitsbergen

(o Svalbard, que actualmente explotan conjuntamente Noruega y Rusia), pero fue un hecho aislado durante siglos.

En 1973 surgió lo que se conoce como *crisis energética* a nivel mundial y la misma alcanzó a las regiones circumpolares. Cuando las sociedades entran en una situación de penuria y se carece de medios, los esfuerzos para lograr combustibles se redoblan. El petróleo, el gas natural y las hidroeléctricas plantean unas estrategias con tendencia a remediar las carencias reales y potenciales; porque esto, en definitiva, es también negocio. Los bloques de naciones abanderadas bajo el capitalismo, e igualmente las acogidas en el comunismo, estuvieron enfrentadas durante muchos años, y sus discursos eran, en buena parte, descalificadores para el contrario, pero ninguno de ellos regaló nada, aunque lo tuvieran en exceso.

A partir de 1960, la entonces unión Soviética comenzó a explotar el gas y el petróleo en las cercanías de Tyumen, en Siberia Occidental (un yacimiento que ocupa casi un millón de km²), y algo similar hicieron en urengoy, en la desembocadura del río Obi. Igualmente, en el Ártico noruego afloraron yacimientos petrolíferos y también en las costas de Groenlandia. En Alaska (especialmente en la bahía de Prudhoe, en el Ártico estadounidense) se continuaron las perforaciones y lo mismo se hizo en el Subártico canadiense (Lindemann 1974).

A partir de esa década de los años 1960, comenzaron a ejecutarse en las mismas áreas geográficas un serial de proyectos hidroeléctricos, que incidieron notablemente en el paisaje y en las poblaciones autóctonas asentadas en el mismo. En Canadá se hizo famoso el James Bay Project, que pretendía abastecer de luz eléctrica a la ciudad de Nueva York y que emplearía un largo periodo de tiempo en su ejecución y puesta a punto, pues la primera fase emplearía un mínimo de 14 años y la segunda unos diez, en el mejor de los casos. El impacto social en los diferentes grupos indios Crees y en los Inuit, junto con el número de protestas, obligaron a interrumpir este macro-proyecto (Hornig 1999, Simard 1996, Hayeur 2001). Este tipo de programas y objetivos se desarrollaron mucho en poco tiempo y gestaron un impacto considerable en todo el Norte.

Por las mismas fechas, comenzaron a aparecer las motonieves o snowboards, movidas con motores de gasolina, y lo mismo ocurrió con camiones y camionetas de alta gama, y el objetivo de afianzar el uso de estos vehículos no era otro que cambiar los medios de transporte tradicionales por éstos. El trípode inuit, trineo y perro, dejó de ser una imagen habitual y ha desaparecido del paisaje, y con ello se había introducido la modernidad (Junquera Rubio y Valladares Fernández 2001: 223-260). Hace unos años, estando en Fort Norman (Tulita en lengua Dènè), cuando le pregunté a Sor Celeste, una religiosa oriunda de Ontario, que desarrollaba sus tareas en este pequeño núcleo del río Mackenzie, por el considerable número de camionetas de gran porte que estaban aparcadas a las puertas de las casas de los aborígenes, su respuesta fue ésta: *“¡Para darse importancia! ¿a dónde van a ir si no hay carreteras? Indudablemente, no pueden moverse a ninguna parte, pero esos vehículos son enormes y cuestan un dinero, luego razón de que lo tienen”*.

El progreso, manifestado como una modernidad malentendida, trae estos cambios estúpidos, pero quien los gesta pretende con ellos afianzar a los aborígenes en ese universo que hemos bautizado como la Globalización, vocablo que debe tener cuando menos algunos poderes mágicos, por lo mucho que se emplea. Y la pregunta que me hago, y que no es la única, es ésta: ¿qué cambios notables y qué ventajas han alcanzado los aborígenes abandonando el trineo y adquiriendo estas novedades ofrecidas por el mercado?, y la contestación es muy sencilla: su independencia tradicional se ha convertido en dependencia de los recursos energéticos importados para poderse mover cotidianamente.

No entro ahora en si económicamente les es rentable o no, esa opinión se la dejo a los lectores, y cada uno que la resuelva como mejor crea procedente. Sencillamente apuntar que hoy, en 2010, cuando estoy redactando estas líneas, los conflictos del Ártico han cerrado una de sus brechas entre la actual Rusia (heredera para esto de la unión Soviética) y Noruega, que han firmado un acuerdo, parece que definitivo, y que pretende solucionar un conflicto que lleva abierto unos 40 años por motivos de la explotación de los recursos de gas y petróleo.

Según la prensa escrita, el presidente ruso Dmitry Medvedev y el primer ministro noruego, Jens Stoltenberg, se han reunido en la ciudad portuaria de Murmansk. No obstante, y según la nota de prensa, en cuanto estos dos estados han firmado un acuerdo que abarca a unos 175.000 km², otros que estaban al acecho y también con costas en el Ártico, han presentado la correspondiente nota para que nadie se exceda en sus derechos, pues el Polo no es sólo cosa de dos, puesto que se presuponen riquezas de gas, petróleo y minerales que están en su subsuelo (El Mundo, 15 de septiembre de 2010). Curiosamente, este tratado afecta a zonas definidas como *protegidas*, y que es de suponer que van a pasar a un segundo plano en cuanto los extractivistas entren en acción.

Igualmente, a partir de lo que podemos considerar como años inmediatos a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, las sociedades autóctonas comenzaron a usar el dinero para comprar y vender, abandonando el intercambio basado en el trueque. El papel moneda era conocido por ellos desde mucho antes, pero raramente alcanzaban a disponer de él. una vez que empezaron a ser obreros contratados, el jornal semanal o mensual afloró en sus bolsillos, y lo que antes lograban con sus actividades cinegéticas, a partir de ahora lo conseguían con el montante de su salario. El cambio estaba aceptado y lo mismo su impacto, sin saber a ciencia cierta cuales serían sus consecuencias.

Con la modernidad llegó también el turismo. Tanto los indígenas como los extraños se han dejado impresionar mutuamente; no obstante, raro es el foráneo que asume para su vida que debe vivir al estilo Inuit, por ejemplo, mientras que los nativos aceptan con rapidez cuanto ofrece la cultura occidental, pero observaron también que tanta propaganda exógena traía algunos peligros y para mitigar los impactos acudieron al mantenimiento de instituciones tradicionales que pusieron al día, por decirlo de alguna manera.

Los diferentes impactos a que se han visto sometidas las etnias septentrionales, tanto de Eurasia como de América, obligaron a éstas a repensar su situación. Todos aquellos que se sienten como herederos de lo tradicional, incluso los mestizos canadienses (Métis), han debido resucitar o desarrollar instituciones que entienden como propias para defenderse de los impactos externos. quienes primero dieron este paso fueron los Lapones o Sami asentados en el norte de Noruega, Suecia y Finlandia, que gestaron una Asamblea Nórdica que les permitiera moverse por lo que ellos entendían y entienden que son sus territorios ancestrales, y que las fronteras convencionales entre los tres países cortaron previamente. Este corte no era accidental, sino que muchos familiares hasta dejaron de tratarse, porque las autoridades impedían el paso; en consecuencia, desde 1956, iniciaron una serie de trámites ante los tres gobiernos para recuperar lo que era una manifestación cultural propia, desarrollada en un área que entonces y ahora consideraban suya.

Las peticiones de terrenos ancestrales son realidades también en el Ártico y Subártico canadienses. Los autóctonos han hecho diversas reclamaciones, y unas se han resuelto a su favor, otras en contra y bastantes están aún pendientes. Lo que está claro es que después de 1960 las cantidades de dinero logradas y pagadas bien por el Gobierno Federal de Ottawa, o por las compañías involucradas en cada una de las demandas, han sido importantes y la verdad es que las arcas nativas se han ido llenando, y eso ha permitido plantear otros criterios reivindicativos. Además, algunos jueces han interpretado las leyes y han dado la razón a los aborígenes y sus peticiones.

Al tiempo, los marginados de siempre, observando que las cosas comenzaban a cambiar y a ponerse de su parte en buena medida, comenzaron a organizarse y asociarse formando instituciones propias, pero con la ventaja de que casi todos los grupos humanos asentados en el Ártico y Subártico norteamericanos hicieron buenas migas con los que estaban en Groenlandia y el norte de Suecia, Noruega y Finlandia. No apareció ningún representante de Siberia, porque en aquellas fechas de 1960 y 1970, los que controlaban el Kremlin no estaban para favorecer ninguna reivindicación de los nativos siberianos; es más, éstos ni sabían nada de que sus parientes boreales iban por delante (Junquera Rubio 1995: 135-152).

Entre las asociaciones nativas que se formaron para defender las posiciones de los autóctonos cabe citar por su importancia al *National Indian Brotherhood, de Canadá*, *Inuit Tapirisat*, de Canadá, *Alaskan Federation of Natives*, *Nordic Sami Council in Fennoscandia*, *Native Greenlanders*, de Groenlandia-Dinamarca, etcétera. Todos ellos buscaron su dimensión política en las instituciones apropiadas de cada uno de sus países. Indudablemente, el cupo de Inuit y de Indios Dènè en Canadá, presentes por elección directa en el Asamblea Regional de Yellowknife, favoreció que en pocos años surgiera Nunavut (“nuestra tierra”) segregando una parte de los Territorios del Noroeste y otra del norte de québec, y apareciendo un nuevo gobierno regional con mayoría Inuit y capital en Iqaluit, en la isla de Baffin, justo donde Franz Boas había desarrollado sus primeras investigaciones en América (Boas y Müller-Wille 1998). Estas corporaciones están buscando recuperar las culturas tradicionales y en el supuesto de que logren alcanzar este objetivo será con unas adulteraciones notables, porque los criterios extraños han entrado ya en muchas de

sus decisiones, cosa lógica por otra parte (Junquera Rubio 1995: 135-152). un panorama más amplio de aquellas lejanas fechas puede verse en Lyne (1976).

En Finlandia, un cuasi-gobierno Sami apareció en 1973, y tuvo dos reconocimientos notables, el del gobierno de la nación y el de los diferentes grupos nativos, agrupados desde mediados de la década de los 1950 en el Finnish Lapps. Esta institución es notable, porque en cuanto llegaron aires de libertad a la ex unión Soviética, incidieron sobre los pueblos siberianos para que iniciaran sus reclamaciones ante las autoridades rusas de Moscú, pero hay que tener presente que la toma de decisiones está en relación directa al censo de población, y en este país los nativos no pasan del 2% (Husting 1972). Las sociedades circumpolares iniciaron una nueva trayectoria ya en firme, y a partir de 1970, con una clara tendencia a disponer de un cierto control político y económico de lo que entendían eran sus territorios tradicionales (Junquera Rubio 1995: 135-152).

En 1973 se celebró en Copenhague *The Arctic Peoples' Conference*, y a esta reunión acudieron muchos representantes de Canadá, Estados Unidos y de los cuatro países nórdicos involucrados. Amén de conocerse, tomaron juntos sus primeras decisiones y para ello proclamaron concederse ayuda mutua, porque eran parientes y, a la vez, plantear sus reclamaciones en conjunto y con el visto bueno de los demás, fuera ante Suecia o ante Canadá, o cualquier otro país. uno de los objetivos era que esta conferencia debía tener continuidad, y así fue como en 1975 pudo celebrarse en la Columbia Británica el *World Council of Indigenous*, con mucha presencia y apoyo de todo tipo del *Nordic Sami Council*. Hay que tener presente que estas organizaciones abarcan a unas 50 etnias diferentes, dispersas por la gran región Ártica.

La prensa internacional recogió y propagó muchas de las decisiones aborígenes, hasta el punto de que muchos periodistas, especialmente los anglosajones, acuñaron un nuevo criterio para designar políticamente a estas minorías, cuando dijeron en conjunto que eran unas nuevas naciones y que debían ser conocidas como "The Fourth World" (Kleivan 1973), porque apuntaban entre sus reivindicaciones que procedían del colonialismo, y que las potencias que les habían sojuzgado no habían tenido consideración con ellos. No olvidemos que en los años 1960 tuvo su auge la descolonización y que las Naciones Unidas estaban entonces con el ojo puesto en cualquier conflicto para intentar solucionarlo, especialmente desde posiciones soviéticas, pero no las únicas.

Pero en esas mismas fechas, lo que entendemos como modernidad y desarrollo económico habían hecho ya sus estragos en las culturas tradicionales, y los propios aborígenes, sin manifestar de palabra que estaban abandonando muchos de sus hábitos, estaban inmersos ya en lo que ofrecía la sociedad contraria, pero que contaba con los nuevos medios y métodos de producción. Y esta influencia parece que no se ha frenado aún. Este nuevo horizonte no tenía una solución fácil, al menos desde dentro.

Algunas de estas colectividades plantearon desde un principio reivindicaciones económicas, posibilidades de educar a sus jóvenes en criterios tradicionales y derechos para poder acceder a la modernización, y claro, esto exige establecer y asumir nuevos cambios, entre los que se encuentra la posibilidad de abandonar la tradición

y así es como el Dènè canadiense Blondin apunta lo siguiente: “*si un Dènè se educa en los criterios del hombre blanco, entonces ya no piensa en tener responsabilidades en la caza como sus antepasados. Pero si además no puede encontrar un trabajo entre ellos, entonces ya no considera la caza como una alternativa*”, y el líder Blondin, fallecido en octubre de 2008, sigue argumentando en esta reflexión lo pernicioso que encuentra en esa aceptación de los valores externos aplicados a los nativos, y que esas decisiones son dañinas, razón por la que llama a “*sus hermanos a estar atentos continuamente*” (Blondin 1997). Y esto puede extrapolarse a cualquier agrupación nativa circumpolar, como muestra Morris Migg (1995).

En la actualidad, podemos decir que, de unos años a esta parte, las cosas en la región ártica están más encarriladas que nunca. A partir de 1945, y no siempre se puede aceptar este año como el idóneo para comenzar los cambios, pues se intensificaron las asistencias médicas a los aborígenes en todos los aspectos, hasta el punto de que ahora mismo está vigente, y con mucha vida, un organismo en el que participan todos los países involucrados, de carácter multidisciplinar, pero muy matizado por las relaciones múltiples que ocurren en el triángulo salud, enfermedad y medicina. Esta institución es conocida con las siglas INCHR (*International Network for Circumpolar Health Research*), que cuenta con sedes en Suecia, Noruega, Finlandia, Rusia, Estados Unidos, Canadá y Dinamarca, pero además cuenta con apoyos externos a estos países.

7. EL ÁRTICO EN LA ACTUALIDAD

Evidentemente, ni la geografía ni las sociedades tradicionales, asentadas en sus diferentes nichos ecológicos, pueden generar hoy imágenes como las que gestaron siglos atrás. El momento de las leyendas está superado y ahora se manifiestan otras posibilidades. Aunque las raíces de los acontecimientos actuales se iniciaron en el siglo XIX, lo que está claro es que han incidido más en número y aspectos negativos desde 1940, y muy especialmente después de 1960. Hasta hace un siglo sólo se pensó en el potencial económico del suelo: caza (carne y pieles), pesca (fresca, salado o congelado) y recursos maderables.

En los últimos cuarenta años, el cambio y los nuevos objetivos se han centrado más en las riquezas que esconde el subsuelo. Petróleo, gas, diamantes, oro, uranio y cuanto riqueza se entiende que es apropiada para no tener que ser dependiente de nadie, desde el punto de vista industrial, han propiciado muchos enfrentamientos, algunos aún no cerrados, aunque ya he indicado que el 15 de septiembre de 2010 noruegos y rusos han llegado a un cierto acuerdo sobre una extensión ártica de 175.000 km², en la que se presupone que hay cuantiosas riquezas mineras, y nadie está dispuesto a dejarlas *dormir* como se ha hecho durante siglos.

Lo que nadie duda hoy es que el efecto invernadero actúa más rápido de lo que se pensaba años atrás. Y esa acción, negativa a todas luces, procede en buena parte no de las investigaciones benéficas, sino de las prácticas maléficas. Nadie duda que el planeta Tierra se calienta, y en el Ártico hasta se derrite, pero tampoco se discute que esos efectos proceden, en buena parte, de los hechos que ejecutan cotidianamen-

te los foráneos, que han llegado de todas partes bajo la bandera de alguna de las compañías extractivistas y multinacionales. El efecto globalización llegó al Norte del mundo hace muchos años y se está dejando sentir.

En opinión del NSIDC (National Snow and Ice Data Center), institución norteamericana que cuenta con satélites para hacer una tarea de monitoreo constante y observar los cambios ocurridos, la expulsión de gases a la atmósfera es la principal causa que facilita la reducción de la superficie helada; hasta tal punto ocurre esto que en *“el verano de 2010 han estado abiertos a la navegación tanto el Paso del Noroeste (sobre Canadá) como el del Noreste (sobre Siberia), rutas históricamente cerradas a la navegación marítima”* (NSIDC, web oficial: www.nsidc.org).

Walt Meier, un investigador prestigioso del NSIDC, apunta que, de seguir así las cosas, para el año 2050 se podrá observar un Ártico sin hielo, imagen impensada para Tácito o Piteas, pero efectiva en la nueva situación de sobrepoblación foránea y de actividades desconocidas históricamente en su medio, y que hoy designamos como impactos negativos. A esto hay que añadir, y mucho más tener en cuenta, que *“el Polo Norte tiene un papel en el clima mundial. El hielo refleja la luz del Sol más que el agua del mar; lo que sirve para mantener frescas las latitudes boreales y para moderar el clima global”* (Dewailly y Weihe 2002: 97).

Los cambios climáticos en el Ártico no representan ninguna novedad. Se sabe ya que incluso hubo un clima que podemos considerar tropical, aunque nos pueda extrañar, hace ahora unos 55 millones de años. Es claro que entonces ese calor procedería de fenómenos naturales y no industriales como pueda ser hoy el caso. De suyo, ya hace tiempo que se sabe que ciertos metales actúan en el Polo Norte como consecuencia de las actividades de los diferentes países que desean disponer de sus riquezas, porque están en zonas que se entienden como propias y del interior de sus fronteras.

Lamentablemente, hay que reconocer que los países que comparten fronteras en el Ártico son industrializados y con economías avanzadas y, además, con universidades y centros de estudio que se presuponen de los mejores. No estamos valorando las acciones de gentes tercermundistas e ignorantes; muy al contrario, y por mucho que se lamente uno, muchas de las prácticas se llevan a cabo viendo exclusivamente el negocio rentable a corto plazo y no en los daños colaterales que pueden aparecer. La organización noruega GRIDA (<http://map.grida.no>), que es oficial por otra parte, plantea ya unos cambios sustanciales que van a ocurrir en sólo 48 años en Eurasia y en América del Norte, mientras que Groenlandia parece que se mantendrá la actual situación gracias a la acción de los ecologistas noruegos y daneses.

¿qué variaciones, digamos benéficas, han incidido en las poblaciones autóctonas del Ártico en los últimos 50 años? Indudablemente hay un aspecto nada desdeñable y que es precisamente la salud, o los tratamientos que se aplican a las diferentes dolencias, acudiendo ya a los cuadros médicos establecidos desde los ambulatorios y hospitales, ya que no desde los diagnósticos chamánicos tradicionales. Los países involucrados directamente en la explotación de los recursos se han planteado también cómo atender a las diferentes sociedades circumpolares, a la vez que éstas, y algunos residentes foráneos, sirven como conejillos de Indias para poder evaluar el

impacto que tienen los metales pesados y la emisión de gases a la atmósfera. un amplio abanico de posibilidades que relacionan la sanidad y el trastorno, en sus diferentes vertientes, puede verse en las numerosas publicaciones que ofrece el International Network for Circumpolar Health Research (<http://www.inchr.com>), con aportes anuales de científicos de todos los países involucrados y que se ha convertido ya en lugar de referencia.

una pregunta que debemos hacernos es si la gran región ártica ha cambiado mucho o poco en los últimos 150 años, que es cuando entra de lleno en contacto con las zonas meridionales, aunque lo haya sido con mucha mayor fuerza a raíz de concluir la Segunda Guerra Mundial. Debo adelantar que sí, que las cosas han cambiado y mucho, en ocasiones para mejor y mayoritariamente para peor. Parece como una imagen de película de Hollywood, la narración que hizo el capitán Parry en 1822, cuando se encontraba invernando en la zona septentrional del Hudson, a la espera de que llegara el deshielo y pudieran seguir buscando el paso hacia el Noroeste por mandato de su gobierno británico. Pues bien, lo que apuntó este marinerero como jefe de esta expedición fue lo siguiente: *“a una temperatura de – 32° soplaban un viento muy fuerte del Noroeste; para quienes tenían que soportar sus inclemencias fue aquella sin duda una de las noches peores de la temporada [...] Es casi más difícil imaginar que describir el contraste entre estar expuesto a todo el horror de unos rigores tan tremendos y sentir la grata impresión de hogar que encontrábamos a bordo”* (Parry 1824: 189).

8. CONCLUSIÓN

La región ártica ha tardado siglos en llegar a ser conocida en profundidad. No podemos decir que su conocimiento esté concluido, pero si podemos afirmar que los criterios económicos de cada época han incidido lo suficiente como para que hoy dispongamos de datos más precisos a los que se tuvieron en otros momentos históricos.

El área tardó siglos en ser colonizada desde el punto de vista del subsuelo, pues eso ha ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial y por motivos más que conocidos. En los tiempos anteriores a ese nefasto acontecimiento, lo que interesaba era el suelo y las sociedades que se movían por encima del mismo.

Las explotaciones mineras son numerosas hoy, porque dispone de minerales y recursos que son necesarios para las diversas economías involucradas en esa desconocida región hasta hace poco, y que hoy es ya bastante conocida precisamente por sus patrimonios escondidos, más que por los que están a la vista. Las diversas potencialidades están obligando a los países involucrados a firmar acuerdos que nunca antes se pensaron y se hace porque se plantea la explotación minera y con ella los deseos de apacar los posibles conflictos. Otros beneficios económicos se tienen en cuenta especialmente los de la pesca que cuentan con mucha historia por motivos de abundancia y de práctica religiosa en las zonas meridionales, especialmente el bacalao.

Los recursos subterráneos se han impuesto y han obligado a una industrialización rápida de toda la región ártica, especialmente en lo que afecta al petróleo, gas, uranio, diamantes, etcétera. Estos elementos han obligado a que los gobiernos destinen

recursos y tecnologías novedosas, pero no se dedicaron a la ecología hasta que los desastres estaban a la vista y las críticas llegaban con abundancia de datos. Esta mala gestión ha influido mucho en la salud de los aborígenes, pero también en la de los extraños que se desplazaron por diversos motivos, imperando los económicos.

La presencia masiva de extraños ha influido en las costumbres de los autóctonos, pero el mayor impacto procede de las más diversas tecnologías empleadas tanto en el suelo como en el subsuelo. Consecuencia de ellas, la vida cotidiana ha sufrido numerosas conmociones, pues no resultó fácil hacer frente a tantas cosas extrañas que llegaron en tiempo escaso. Lo que está claro es que las más diversas vidas tradicionales son hoy un recuerdo y los descendientes de aquellos que fueron calificados de salvajes buscan hoy su acomodo en las nuevas situaciones políticas, pues éstas son las que deciden el día a día. Las tomas de decisión no coinciden a la hora de valorar lo que hay que hacer. Las organizaciones ecologistas entienden que deben cumplir un papel notable en estos momentos, reorientando situaciones adversas para quienes tienen todos los derechos históricos, pocos reconocidos y mal por cada uno de los gobiernos de turno, pero disponen de todos los elementos jurídicos para hacerse presentes en la región y negar, si llega el caso, a los aborígenes de siempre.

9. FUENTES

OLAV MAGNO: 1562. Historia de gentibus septentrionalibus. Amberes (<http://www.us.es>)

JOHANNES SCHEFFERUS: 1674. Lapponia. (versión inglesa con el título The history of Lapland, editada en Oxford en 1674 y digitalizada por la universidad noruega de Tromsø).

CAYO CORNELIO TÁCITO: 1794. Germania, y la vida de Julio Agrícola. Traducción y notas de don Baltasar Alamos Barrientos, como tomo IV. Fue editada en Madrid por la imprenta Real y hay un ejemplar digitalizado en la Biblioteca Histórica de la universidad Complutense de Madrid.

HERODOTO DE HALICARNASO: 1878. Los nueve libros de la Historia. Madrid. Edt. Imprenta Central á cargo de Víctor Saiz y traducción de Bartolomé Pou, S. J.

PROCOPIO DE CESAREA: 2000. Historia secreta. Madrid. Edt. Gredos. Traducida del griego por Juan Signes Codoñer.

10. BIBLIOGRAFIA CITADA

ACKERMAN, R. E., 1998. "Early maritime traditions in the Bering, Chuchi and East Siberian Seas", en Arctic anthropology, vol. 35, páginas 247-262.

Alia, V., 1994. Names, numbers and northern policy. Halifax. Edt. Fernwood.

BANDI, H. G., 1967. Alaska. ur geschichte, geschichte, gegenwart. Stuttgart. Edt. Kohlhammer.

BASTIAN, A., 1886. Die asiatisch-amerikanische Polargegen. Berlin. Edt. Weidmannsche Verlagsbuchhandlung.

BÉLANGER, R., 1980. Los vascos en el estuario del san Lorenzo (1535-1635). San Sebastian. Edt. Auñamendi.

- BERG, G., 1973. Circumpolar problems: hábitat, economy and social relations in the Arctic. Oxford. Edt. Pergamon.
- BIANCHETTI, S., 2005. "La geografía di Pitea e la Diorthosis di Polibio", en G. Schepens y J. Bollansée (Edt), *The shadow of Polybius: intertextuality as a research tool in Greek Historiography*. Leuven. Edt. Peeters.
- BIRKET-SMITH, K., 1929. *The Caribou Esquimo: material and social life and their cultural position*. Copenhagen. Edt. Nordisk Forlag, 1983 [1927]. Los esquimales. Barcelona. Edt. Labor.
- BJERREGAARD, P., y KUE YOUNG, T., 1999. *The Circumpolar Inuit: Health of a Population in transition*. Copenhage. Edt. Munksgaard.
- BLONDIN, G., 1997. *Yamoria the Lawmaker*. Edmonton. Edt. NeWest Publishers.
- BOAS, F. y L. MÜLLER-WILLE, 1998 [1883-1884]. *Franz Boas among the Inuit of Baffin Island, 1883-1884. Journals and Letter*. Toronto. Edt. u niversity of Toronto Press.
- BYHAN, A., 1909. *Die Polarvölker. Wissenschaft und bildung*. Leizig. Edt. Meyer&quelle,
- CASSON, L., 1991. *The Ancient Mariners*. Princeton. Edt. Princeton u niversity Press
- COLLIS, D. (Editor), 1994. *Arctic Languages: An Ansakening*. Paris. Edt. u NESCO.
- DEWAILLY, E., y P. WEIHE, 2002. "The Effects of Arctic Pollution on Population Health", en *Arctic Monitoring and Assessment Programme (AMAP)*". Toronto. Edt. INCHR, páginas 95-105.
- DHONDT, J., 1981. *La alta edad media*. Madrid. Edt. Siglo XXI.
- DONNER, K., 1926. *Bei den Samojeden in Siberien*. Stuttgart. Edt. Strecker&Schröder. 1933. *Siberien. Folk och forntid*. Helsinfors. Edt. Söderström.
- DOUGLAS, C. (edi), 1953. *English Historical Documents, vol. I y II*. London. Edt. Routledge.
- EHRENBERG, R. E., 2006. *Mapping the Wold an Illustrated History Cartography*. Washington. Edt. National Geography.
- ELISEEFF, V., 1998. "Approaches Old and New to the Silk Roads", en *uNESCO, The Silk Roads: Highways of Culture and Commerce*. Pas. Edt. uNESCO.
- FROST, K. J., LOWRY, L. F., PENDLETON, G. y NuTE, H. R., 2004. "Factors affecting the observed densities of ringed seals, *Phoca hispida*, in the Alaskan Beaufort Sea", en *Arctic*, vol. 57, páginas 115-128.
- GRAHAM-CAMPBELL, J., 1994. *Los vikingos: orígenes de la cultura escandinava*. Barcelona. Edt. Folio.
- GOFF, J., 1979. *La baja edad media*. Madrid. Edt. Siglo XXI.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., 1998. *El descubrimiento del Mundo. Geografía y viajes en la Grecia Antigua*. Madrid. Edt. Akal., 2006. "Viajes de verdad, viajes de mentira: literatura del viajes del periodo helenístico", en *Revista de Filología Románica, Anejo IV*, páginas 59-75.
- HARLEY, J. B. y D. WOODWARD (Editores), 1987. *The History of Cartography. Vol. 1. Cartography in Prehistoric, Ancient and Medieval Europe and the Mediterranean*. Chicaho. Edt. university of Chicago Press.

- HASKINS, CH., 1933. *The Renaissance of the twelfth century*. Cambridge. Edt. Harvard university Press.
- HAYEUR, G., 2001. *Summary of Knowledge Acquired in Northern Environments from 1970 to 2000*. Montreal. Edt. Hydro-québec
- HEATHER, P., 2006. *La caída del imperio romano*. Barcelona. Edt. Crítica.
- HORNIG, J. F. (Edt), 1999. *Social and Environmental Impacts of the James Bay Hydroelectric Project*. Montreal. Edt. McGill-queen's university Press.
- HuSTING, I., 1972. "Den arktiska, subarktiska och boreala folkmängd", en *Terra* (84 (3)), páginas 181-190.
- JAMES, A.R.C. y STUART-SMITH, A. K., 2000. "Distribution of caribou and wolves in relation to linear corridors", en *Journal of Wildlife Management*, vol. 64, páginas 154-159.
- JuNquERA RuBIO, C., 1992. "Canadian Public Opinion vis-à-vis the Autochthonous Populations of the Mackenzie River, 1960-1990", en *European Review of Native American Studies*, vol. 6(2), páginas 35-38., 1995. "una aproximación a los criterios que permiten evaluar la asociación de pueblos y el reconocimiento de los derechos políticos en los Territorios del Noroeste de Canadá", en *Revista española de antropología americana*, vol. 25, páginas 135-152
- JuNquERA RuBIO, C., y VALLADARES FERNÁNDEZ, S., 2001. "Del trineo a la postmodernidad. Dènè, Inuit y Métis en la sociedad canadiense actual", en *Revista española de antropología americana*, vol. 31, páginas 223-260. 2004. "El impacto de la tecnología y de la economía en la conducta de los modernos cazadores-recolectores de los bosques boreales canadienses", en *Revista Geográfica*, vol. 135, páginas 115-136.
- KALMA, I. 1979. *Case and Contest in Inuktitut (Eskimo)*. Ottawa. Edt. National Museums of Canada.
- KLEIVEN, H. 1973. "Den fjerde verden. Baggrunden for en planlagt international conference a fog for de indfødte folk", en *Tidsskriftet Grønland*, vol. 6, páginas 172-180.
- KROTZ, E. 2002. *La otredad cultural entre utopia y ciencia*. México. Edt. Fondo de Cultura Económica.
- LARSEN, T. 1985. "Polar bear denning and cub production in Svalbard, Norway", en *Journal of Wildlife Management*, vol. 49, páginas 320-326.
- LARSEN, J. A. O. 1968. *Greek Federal States. Their Institutions and History*. Oxford. Edt. Clarendon Press.
- LAUFER, B. 1917. *The reindeer and its domestication*. *Memoirs of the American Anthropological Association* 4(2).
- LEWIS, I. M. 1976. *Social Anthropology in Perspective*. Baltimore. Edt. Pinguin.
- LOWE, R. 1981. *Analyse linguistique et ethocentrisme: essai sur la structure du mot en Inuktitut*. Ottawa. Edt. National Museums of Canada.
- LYNGE, F. 1976. "The relevance of Native culture to northern development: the Greenland case", en *Northern Study Series* 4. Kingston. Centre for International Relations, queen's university,
- MAIER, F. G. 1979. *Bizancio*. Madrid. Edt. Siglo XXI.

- MALAUERIE, J. 1981. Los esquimales del Polo. Barcelona. Edt. Grijalbo, 1981. Los ÚLTIMOS reyes de Thule. Barcelona. Edt. Grijalbo.
- MANGAN, J. A. 1996. Tribal Identities. London y Portland. Edt. Frank Cass
- MECKING, L. 1925. Polarländer. Leipzig. Edt. Bibliographisches Institut.
- MIGG, M. 1995. Return to the Drum: Teaching among the Dènè in Canada's North. Edmonton. Edt. NeWest Publishers.
- MULK, I. M. 1996. "The role of the Sami in fur trading during the late Iron Age and Nordic medieval period in the light of the Sami sacrificial sites in Lapland, Northern Sweden", en *Acta borealia*, vol. 13, páginas 47-80.
- MÜLLER-WILLE, L. 1980. "Population concentration in arctic and subarctic ethnic groups", en L. Müller-Wille, P. J. Pelto, Li. Müller-Wille y R. Darnel (Edt) 1980. *Consequences of Economic Change in Circumpolar Regions*. Edmonton. Edt. The university of Alberta.
- MÜLLER-WILLE, L. y B. GIESEKING (eds.). 2008. *Bei Inuit und Walfängern auf Baffin-Land (1883/1884). Das arktische Tagebuch des Wilhelm Weike. (Mindener Beiträge, Band 30)*. Minden: Mindener Geschichtsverein.
- MUNCH, P.A. 1927. *Norse Mythology: Legends of Gods and Heroes*. New York. Edt. Hustvedt.
- NORDENSKJÖLD, O. 1907. *Polarvärlden och dess grannländer*. Stockholm. Edt. Bonniers.
- PALERM, A, 1982. *Historia de la Etnología, 1. Los precursores*. México. Edt. Alhambra.
- PARRY, W. E. 1824. *Journal of a second voyage for the discovery of a northwest passage from the Atlantic to the Pacific*. London. Edt. J. Murray.
- PRESTRUD, P., 1991. « Adaptation by the arctic fox (*Alopex lagopus*) to the polar winter », en *Arctic*, vol. 44, páginas 132-138.
- RATZEL, F., 1885-1888. *Völkerkunde*. Vol 1-3, vol. 2: *Die Naturvölker Ozeaniens, Amerikas und Asiens*. 1887. Leipzig. Edt. Bibliographisches Institut.
- RIEDEL, F., 1902. *Die Polarvölker, eine durch naturbedingte Züge charakterisierte Völkergruppe*. Halle. Doctoral dissertation.
- ROSEMAN, CH., 1994. *Pytheas of Massalia. On the Ocean*. Chicago. Edt. Ares Publishing.
- ROUNG, I., 1959. *Arktiska folk*. Gävle. Edt. Skolförlaget.
- SIMARD, J.J., 1996. *Tendances nordiques, les changements sociaux 1970-1990 chez les Cris et les Inuits du québec*. Quebec City. Edt. Laval university
- SLEZKINE, Y., 1993. *Between Heaven and Hell: The Myth of Siberia in Russian Culture*. New York. Edt. Galya Diment & Yuri Slezkine. 1994. *Arctic Mirrors: Russia and the Small Peoples of the North*. New York. Edt. Cornell university Press.
- SÖRLIN, S., 1996. "Nature, Skiing and Swedish Nationalism", en J. A. Mangan, *Tribal Identities*, páginas 147-163.
- STIRLING, I. y DEROCHE, A. E., 1993. "Possible impacts of climatic warming on polar bears", en *Arctic*, vol. 46, páginas 240-245.
- STORLI, I., 1996. "On the historiography of Sami Reindeer pastoralism", en *Acta borealia*, vol. 13, páginas 81-115.

- SWEET, H (edt), 1883. King Alfred Orosio. London. Edt. EETS, Original series 79.
- TEGENGREN, H., 1952. "En utdöd lappkultur i Kemi Lappmark. Studier I Nordfinlandia kolonisationshistoria", en Acta Academicae Aboensis, Huaniora, vol. 19 (1). Åbo. Åbo Akademi.
- WIIG, O., BORN, E.W. y PEDERSEN, L. T., 2003. "Movements of female polar bears (*ursus maritimus*) in the East Greenlan pack ice", en Polar Biology, vol. 26, páginas 509-516.
- WINDHAUSEN, J. D. e I. V. TSYPKINA, 1966. "National Identity and the Emergence of the Sports Movement in Late Imperial Russia", en J. A. Mangan, Tribal Identities, páginas 164-182.
- WONDERS, W. C (Edt), 1976. The Arctic circle: aspects of the north from the circumpolar nations. Don Mills. Edt. Longman.